

Lecciones de la justicia restaurativa para un mundo convulso

Olivia León Huacuja

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0009-0006-6596-0151

Rambo

HACE UNOS DÍAS, UN AMIGO, Francisco, me quiso presentar a un amigo suyo. Me dijo: “Ramón es como el Rambo yucateco”. Nunca he visto las películas de Rambo, pero entendí que describía a su amigo como un todo terreno que puede sobrevivir en la selva por sí solo. “Él puede estar días en el monte; caza lo que come”. ¿Qué más pensamos de ese personaje sin haber visto sus películas? Es un tipo todo poderoso; tiene un cuerpo musculoso, porta armas mortales como cuchillos y pistolas. Es un hombre “que resuelve”, que ataca. Esta descripción viene solo desde un imaginario común y Wikipedia lo confirma:

John James Rambo (Bowie, Arizona, Estados Unidos, 6 de julio de 1947) es el personaje principal de la saga Rambo, basada en la novela *First Blood* (Primera sangre), de David Morrell, protagonizada por Sylvester Stallone, en la que interpreta a un boina verde veterano de la guerra de Vietnam altamente entrenado en técnicas de supervivencia, combate cuerpo a cuerpo y guerra de guerrillas.¹

Se sabe que es un personaje sumamente agresivo. Es él contra el mundo. Él solo. A costa de tantos. Él sobrevive a pesar del resto de quienes le rodean. En realidad, Rambo destruye todo lo que toca. Sus pasos son mortales.

Esa figura de Rambo no es tan lejana a realidad de México, pues tiene todo que ver con la guerra contra las drogas de Estados Unidos y que fue exportada a México. Él fue un exmilitar estadounidense que peleó en la guerra de Vietnam, donde EUA estuvo inmiscuido sin que fuera un conflicto que le impactara directamen-



¹ “John Rambo”, *Wikipedia*, 22 de noviembre de 2025. En: https://es.wikipedia.org/wiki/John_Rambo.

te, pero sí —y mucho— indirectamente. Vietnam representaba una pugna de ideas materializada; el comunismo podía atentar contra la estabilidad del imperio en cualquier momento. Después de 20 años en esa guerra, en 1975 los combatientes vuelven destrozados, sin la victoria prometida, con estrés post-traumático y, muchos, con consumo problemático de sustancias psicoactivas que conseguían fácilmente en el país asiático, como la morfina o la heroína. Vuelven a un país derrotado, en el que Nixon declara que las drogas son el principal enemigo, criminalizando a quienes consumen: jóvenes, población de las periferias (latina, negra) y excombatientes. Lo que buscaba el gobierno era dividir, crear un “otro” contra quién pelear. Así, la mal llamada “guerra contra las drogas” en México no fue (ni es) una guerra tradicional. No son dos ejércitos que se confrontan directamente; es un entramado de políticas y acciones complejo que privilegia la violencia sobre el diálogo, las masculinidades agresivas sobre las sensibles, la muerte sobre la vida, lo individual sobre lo colectivo.

También, Rambo y su saga permiten ver el poder de los medios para engrandecer las ideas de personajes violentos y colocarlos en nuestro imaginario como héroes. A través de estas películas, la “guerra” se mete profundamente en nuestras mentes. Normalizamos la violencia y la encontramos hasta en la sopa. En México, esta lógica ha producido a miles de “pequeños Rambo”: soldados, policías, sicarios y ciu-

dadanos que creen que la única forma de sobrevivir es endureciéndose y respondiendo al dolor con más dolor. Esta historia es atractiva, pero es mortal.

De héroes solitarios a héroes solidarios

En los círculos restaurativos a veces hay preguntas que son más filosas que cualquier arma. Porque nuestras sesiones funcionan así: nos sentamos en un círculo con hombres privados de la libertad con sentencias que varían desde los 8 años hasta 60 años en total. Diez hombres entran al salón en el que facilitamos las sesiones. Las edades también varían: los más jóvenes tienen alrededor de 30 años; los mayores, 60. Son hombres que observan como si ello fuera un deporte olímpico. Unos escuchan más de lo que observan. Algunos ya sabían de nuestros círculos porque sus compañeros les han contado, otros no tienen idea de qué esperar, pero aceptaron la invitación para salir de sus celdas por un tiempo. No tienen nada que perder. Las primeras experiencias de violencia las recuerdan desde los 4 y los 6 años. Varios (la mayoría) reconocen haber vivido violencia en su casa hacia otros miembros de sus familias y también a ellos mismos. Después de algunas sesiones en las que nos hemos presentado y vamos construyendo confianza, les preguntamos:

—¿Qué necesita un niño o un joven para sentirse seguro cuando sea mayor?



—Amor, cuidado, educación, respeto, una familia (red cercana), comida.

—¿Qué emociones hay si los niños o jóvenes no reciben esto?

—Odio, depresión, tristeza, miedo, enojo, frustración, soledad.

—¿Alguna vez se han sentido así?

—Sí.

Cristóbal compartió que en su casa “todo eran golpes”: a su madre, a sus hermanas, a él. Esa era la educación. Así, él aprendió que ser el hombre de la casa implicaba poner todo en orden a través de gritos, golpes y agresión, que la fuerza física iba de la mano con la fuerza emocional, que las emociones son para los débiles y para las mujeres, que los hombres no lloran, que no hay espacio para conversar porque las cosas se imponen de una forma: la suya.

Las experiencias compartidas de agresión, abandono, negligencia o trauma normalmente resultan en una desconexión con el cuerpo y consigo mismos, lo que puede causar que alimenten ciclos de violencia y de ofensas *ad infinitum*. Ese camino ya lo conocen muy bien. La mayoría navega el encarcelamiento con máscaras que los protegen. Son su armadura en un contexto hostil, frío y solitario. Ellos saben que deben pensar en estrategias de defensa porque ese campo de batalla nunca termina, no da tregua. Siempre deben estar atentos y en alerta, así que inventan mecanismos para tener ojos en sus espaldas. De ahí que la persistencia y el compromiso con ellos sea

fundamental para crear un ambiente de confianza en los círculos. Cualquier ausencia de nuestra parte corrobora sus dudas: “En cualquier momento estas morras nos dejan, otra vez”.

Nuestro programa de círculos tiene dos objetivos: el primero es que los participantes reconozcan el daño que han causado y, el segundo, que busquen cómo repararlo, material o simbólicamente. En el proceso para llegar hacia allá hablamos sobre diversos temas como la empatía, las pérdidas y los duelos. Trabajamos principalmente a través de preguntas que detonan pláticas sobre sus propias experiencias de infancia, de adolescencia, en prisión, familiares y relacionales. Es así como exploramos los ciclos de ofensa y sobre cómo la violencia genera más violencia. Primero ellos se reconocen como víctimas de la violencia y después como quien ha causado daño. Hablamos sobre el perdón y el trauma, individual y colectivo: “Pues yo escuché a mis compañeros y entiendo su dolor, entiendo cómo es que nos maten a todos los nuestros, entiendo lo que es perder a su papá y no haberse podido despedir, entiendo lo que es que su familia ya no venga a verlos. Es lo mismo que yo vivo aquí”.

Trabajamos con herramientas de autoconocimiento, de respiración y del cuerpo para poder frenar los elementos que les detonan; a esos momentos les llamamos “momentos de peligro inminente”, y a través de todo nuestro programa buscamos que esos momentos —que pueden ser un segundo— no



los lleven actuar de alguna forma que lastime a alguien.

De pertenecer a una pandilla a pertenecer al círculo

Al inicio de nuestro programa, entre todos los participantes nombramos los valores con los que nos gusta actuar y son los que nos acompañan cada sesión. En el centro de cada círculo vemos las palabras como tatuajes de este grupo: honestidad, respeto, valentía, confianza, amor, compromiso. Son nuestra ancla en todo momento, nuestro centro, literalmente. Y son esos valores los que poco a poco disuelven las armaduras. En el círculo, los Rambos que se reúnen semana con semana encuentran miradas que por primera vez los ven como realmente son, sin máscaras. Y es así como también se permiten, por primera vez quizá, encontrar otras características suyas, más empáticas, solidarias y generosas.

Fernando dice al final de una sesión: “Siento que este es un espacio en el que me encuentro con quien soy en verdad”. Y es una sensación compartida. Un día, Fidel reflexiona al final del círculo sobre el cambio. Con el cuerpo relajado como nunca lo había visto, los codos recargados en sus rodillas, la mirada posada en los valores-centro comparte: “Nos han dicho que la valentía es ser fuertes, malos, matar al que se mete con nosotros, que nadie nos “mal mire”, amenazar al que se acerque a nuestra familia... Pero yo creo que lo más valiente es estar aquí,

compartir nuestras historias, escuchar a mis compañeros y querer cambiar”.

La posibilidad de cambio es lo que nos llama a estos círculos. En un mundo en el que se celebra que Rambo gane todas las batallas, en nuestros círculos preguntamos si vale la pena ganarlas a pesar del costo que implica entrarle. Después de una sesión en la que hablamos sobre la empatía, un participante de nuestros círculos nos dijo que ser empáticos no es verdaderamente difícil. Arturo contó que conoció a una señora que no tenía dinero, tenía un hijo con discapacidades físicas y mentales. Ella vendía gelatinas para pagar una cirugía que su hijo necesitaba; no contaba con seguro y no tenía el dinero para hacerlo de forma privada. En el momento que supo, Arturo le dio dinero: 2 mil pesos que tenía. Además, gestionó que su médico le hiciera la operación al joven. Era un procedimiento de 50 mil pesos como mínimo. Con la señora le había sido fácil empatizar, pero “hacer eso con los contras sería imposible”.

Arturo tenía problemas con un hombre del mismo módulo. No podían cruzarse porque seguro habría confrontación: se lanzaban insultos o se iban a golpes. Un día, Arturo supo que el señor estaba en duelo porque le acababan de desaparecer a su hijo y a su esposa la habían golpeado. Fue ahí cuando Arturo le dijo: “No sabía que estabas pasando por esto. Ya conmigo no tendrás problema, mano”. Compartió que le había servido pensar en formas para poder ser empático con su



rival: “Nunca me había puesto a pensar que seguro nuestros problemas eran porque él estaba pasando por lo peor. No fuimos amigos, pero por lo menos ya no nos peleamos en el pasillo”. Al contar esto, sus compañeros, nos confirmaban que los conflictos cotidianos cesaron. “Es cierto, maestra”, nos decían con las miradas certeras como dardos de validación colectiva.

Durante los círculos, nos cuentan sobre sus historias de vida y así entendemos las condiciones que los han llevado a tomar decisiones que resultaron en su privación de la libertad. Sin embargo, no son excusas ni justificaciones sobre lo que han hecho o dejado de hacer: no se puede cambiar el pasado, pero sí las decisiones que están por tomar.

Diálogos improbables

Después de hacerme la idea del personaje que Francisco me quería presentar, me dijo “Ramón conoce el monte porque es de ahí”. Y ahora que lo conocí sé que es un hombre que respeta los ciclos de la vida y del ecosistema en el que camina. Cohabita con otros animales, con las plantas. Jamás cazaría en época de veda. Busca que otros cazadores entiendan temas fundamentales para la vida y la naturaleza: les informa sobre las especies en peligro de extinción y sobre las épocas de veda. Es un tipo sensible a la vida misma y a lo colectivo. Rambo y Ramón, entonces, son dos personajes opuestos. Aunque a Ramón no lo conocí en un círculo, sus

prácticas en el monte resuenan con las reflexiones en los círculos.

La conjunción de los valores, acuerdos iniciales, compromiso, respeto constante y preguntas, permiten entender de dónde venimos todos; es una mezcla improbable que permite que nuestros participantes se responsabilicen de sus acciones. Es así como podemos llegar hacia el final de nuestros programas: con un diálogo con víctimas indirectas, es decir, con familiares de personas desaparecidas.

La guerra que conocemos no es una guerra “tradicional”. No es de Rambo contra el mundo, sino Rambos policías, Rambos militares, Rambos sicarios, Rambos pandilleros y Rambos en las calles y Rambos heridos, muy heridos, hiriendo a tantos más Rambos sin espacios para escuchar a quienes han lastimado en su paso. Son Rambos brutalmente lastimados que lastiman a tantos más. Sin embargo, en los círculos buscamos y encontramos otro tipo de personajes y otros actores en las películas que ya conocemos. Incluso, en los círculos podemos repensar las historias desde los fundamentos.

De este modo, la justicia restaurativa nos ayuda a crear colectividad y sanar heridas del pasado de forma conjunta. Nos permite escucharnos entre todos a través de un momento compartido de escucha activa. La justicia restaurativa nos permite tener más empatía, cambiar como acto de rebeldía. Nos invita a sentarnos en círculo en un mundo que nos exige más líneas rectas con quiebres, jerarquías



y verticalidad. En un mundo convulso y fragmentado por guerras, divisiones, fracciones y extremos, la justicia restaurativa nos regresa a nuestro centro. Nos permite entendernos dentro de un círculo (mundo) con matices y con una mirada generosa, gentil con nosotros y

con el otro. Nos invita a escuchar historias desde la horizontalidad como un acto político. Nos permite crear nuevas historias y nuevos personajes desconocidos en las películas millonarias, pero reconocidos y celebrados en un nuevo imaginario.



Jesús Valencia, *Azul* / 2014.

